

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas.
Suscripción: España, un trimestre . 1'00 »
" Extranjero, " . 1'50 »

la vasta Rusia, sin cesar víctima del hambre, de las guerras civiles y de la guerra extranjera. Presidió la represión de las insurrecciones desesperadas de Moscú y Odesa, los fusilamientos de los aldeanos, los colgamientos y los destierros numerosos. En Riga, en Moscú, ciudades capitales, se establecieron cámaras de tortura, donde se martirizan estudiantes y obreros socialistas. En Schesselbourg, rebeldes enterrados vivos en la prisión perpetua, mueren lentamente en la locura. En Odesa, Fitomei, Kichiner y Nicolaiév organiza la persecución sistemática contra los judíos. ¡Remember! Puesto que el autócrata envió sus ejércitos a los campos de muerte para la Civilización; puesto que fué el fiel aliado de una república democrática, heredera acaso de las más bellas tradiciones revolucionarias, ¡remember! ¿Quién osa hablar del derecho de las nacionalidades después de haber disgregado a finlandeses, poloneses, letones, asesinado judíos, martirizado todo su pueblo? ¿Quién reprocha a la soldadesca alemana de brutos, de violar y saquear, después de la violación de María Spiridonova, las mujeres azotadas en las prisiones y los horrores siberianos? ¿Quién promete libertades y reformas después de haber disuelto dos Dumas, enviado los diputados de una de ellas al penal? ¿Quién acuerda esas libertades al estar vencido por la huelga general y las retira al vencer por la fuerza de los fusiles y del cañón?... ¡Ah, la siniestra comedia!

Este zar impotente que enseguida que entrevió la derrota de 1905 no pensó más que en ceder, en renunciar al trono, era un odioso comediante. Mientras las ambiciones de su política de Extremo Oriente preparaban la matanza de Moukden, convocaba un Congreso de la Paz y llevó su impudicia hasta prometer solemnemente la liberación de la Polonia, devastada por otros soldados que los suyos. Su pérfido rostro poseía dos caretas, una la crueldad y otra la filantropía. Era hipócrita hasta el cinismo.

Según Nietzsche, los dominadores tienen su moral, antinómica a la de los humildes. La fuerza, la dureza, el desprecio a los débiles, la ausencia de escrúpulos son sus verdaderas virtudes. Esta mentalidad, que ha producido cantidad de monstruos más o menos ridículos y feroces, reviste algunas veces un carácter de salvaje grandeza que no puede menos de reconocerse. Un Borgia puede parecer bello. Los fuertes son ricos de vida y cualquier orientación y empleo que den a sus energías nos infunde una especie de admiración. He aquí, entre las figuras de los zares, las grandes siluetas de un Pedro I, hombre de genio, doblado en bruto; de un Ivan el terrible... Pero después de ellos, este minúsculo histrión contradecía aquellos gestos, queriendo ser también «Grande» y cruel, lo que es más fácil. La leona en la piel del león.

Era bien conocido este zar. En todo el mundo se sabía que los mejores, los más ardientes y generosos de sus súbditos, eran necesariamente sus víctimas. Tolstói, excomulgado y perseguido, Gorki, el naturalista Tchoukovski y el historiador Bourtzeff prisioneros; la propagandista socialista Brechkovskola, internada en Siberia más de treinta años; sometida al régimen celular durante veinte años, Vera Figuer. ¡Cuántos militantes asesinados por el látigo, por el tifus, por la desesperación!...

Es sabido que los Dominadores son tan parecidos en todas partes, que siempre son cómplices mutuamente. Así, este zar pudo vencer dos veces a su pueblo con la ayuda del oro francés. Existe una vasta solidaridad entre todos los usurpadores del régimen social actual. Los burgueses radicales franceses no desean más que colocar ventajosamente sus capitales. El beneficio no despide olor. Así se tienen y sostienen hoy, a pesar de sus diferencias aparentes, los que llevan las riendas del viejo mundo.

Y pronto los burgueses liberales que, al favor del descontento popular, acaban de alcanzar el poder en Rusia, harán como los anteriores: explotarán, fusilarán, enviarán a la guerra a toda la

juventud masculina. No hay dos modos de gobernar.

Es por lo que no deben esperarse grandes resultados de las revoluciones políticas, aun siendo victoriosas. La revolución rusa comenzada en 1860 con los primeros atentados de los intelectuales está lejos de haber acabado. Los últimos sucesos no constituyen más que un episodio. La lucha política emprendida por la burguesía ambiciosa, impregnada de ideas modernas contra los representantes del antiguo régimen, acaso acabe, pero la lucha social no.

Los elementos revolucionarios, hambrientos e insumisos, hombres del nuevo ideal, movidos por esclarecidos pensamientos, hombres de miseria, impulsados por el odio del orden inicuo, socialistas, obreristas, anarquistas, obreros, aldeanos, intelectuales, se encuentran ahora en presencia del nuevo gobierno que explota entre ellos su propia victoria, y en presencia de toda la estructura social que una insurrección no podría transformar, porque es preciso, con el tiempo, la lenta evolución del alma colectiva.

Hecha probablemente por la Rusia socialista y libertaria, excedida de los horrores estériles de la guerra, hecha contra la guerra, porque el pueblo, forzado a la más profunda miseria, quiere libertarse a toda costa de esta pesadilla, la Revolución no ha podido triunfar más que gracias al concurso de la burguesía moderada. Y como no puede ser cuestión de la organización de un poder popular que las demás potencias no reconocerían jamás, de aquí que los liberales se amparen necesariamente del gobierno. Necesitan el concurso de los aliados, su apoyo y su dinero. Las diplomacias aliadas tienen en cambio necesidad de la sangre rusa. La alianza queda sellada.

Los hombres de acción y de pasión se han batido dando su fuerza y su vida. Han creído vencer. Después los abogados han venido a arreglarlo todo. Sus procedimientos son más dulces, más adaptados a nuestras psicologías que los de los zares. Convengamos que es una ventaja mínima. No habrá un miserable, un explotado, un soldado, un envilecido, un parásito de menos en Rusia. Además el verdadero poder apenas ha cambiado. En las democracias, como en las monarquías más o menos constitucionales o absolutas, la Fuerza, que hace Ley y que dirige los destinos de las naciones, pertenece a una oligarquía de plutócratas. Anónimos, inescrutables, despreciados también de las coronas, son, sin embargo, zares. ¿Cuándo abdicarán?...

En Rusia no tendrán fácil la partida. Se ven obligados hoy a predicar la guerra hasta el fin, aunque la nación esté ya asqueada de ella; mañana harán sitio en las prisiones, atestadas ahora de los lacayos del régimen desaparecido, a los rivales que les quieran aventajar y a los adversarios que defienden contra ellos las aspiraciones revolucionarias, engañadas una vez más. Por lo pronto, la Censura deforma metódicamente todas las noticias. Pero tengan en cuenta que no tratan, como en los países de Occidente, con rebajados de electores relativamente fáciles al dominio. Ellos se improvisan pastores de un pueblo joven de corazón, apasionado de ideal, exasperado por infinitos dolores, trabajado además por inclinaciones muy contrarias, y que es conducido por una pléyade de intelectuales demasiado clarividentes. Así la batalla continúa. Un paso adelante se ha dado, sólo uno.

Regocijémonos nosotros, que debemos a la Revolución rusa una parte de nuestro valor. Ella ha dado al mundo fuerzas nuevas que han fructificado en todas partes: una literatura, una idealización.

Desde hace más de medio siglo, la misma pesadilla cayendo sobre la sensibilidad rusa, a la vez fina y profunda, ha acabado por producir una exaltación dolorosa que, gracias a la expresión artística, se nos ha transmitido. En ninguna parte la «Desdicha humana» ha sido sentida con tal acilid. Por eso una inmensa congoja planea sobre el más árido pensamiento eslavo. Tal es la vida, abrumada por el duelo de la esperanza, triste, vacía. Parece que se ha preguntado: «¿Por qué vivir?» Y se han buscado sin cesar los caminos a

seguir, para que este viaje pareciera al menos tener un sentido. Según las horas, según los caracteres, la literatura, consecuencia de estos movimientos, da tan pronto la impresión de una desesperación irremediable como la de una confianza ilimitada en la vida. Ha cultivado el horror, escrutado los bajos fondos de la sociedad y del alma humana, cantado a los inclassificados, descubriendo los múltiples aspectos de la incurable miseria moral que, en nuestra organización social, alcanza a pobres y ricos.

Al lado de la obra tenebrosa, los rusos han levantado como «la clara fuerza que sobre los raudales domina», su ideal de resurrección. «Jamás debe esperarse de un hombre», decía Dostoievsky. Y el gran místico Tolstói, anarquista cristiano, el amargo Gorki, socialista revolucionario, el individualista Artzybacheir, el pesimista Tcheshchav, el visionario Andreiev, todos obsesionados por el horror de la lucha, enseñan sin embargo que es preciso recomenzar la vida, resucitar «según la ley de amor de Cristo» (Tolstói)—«según la nueva fe en el futuro humano» (Gorki)—«según la ley natural, encontrando la sana alegría de vivir» (Artzybacheir)—¡y cuántas otras fórmulas! Todas altas, claras, atrayendo como faros alumbrados en la noche, a los espíritus desamparados. Han venido a nosotros, añadiendo razones de vida, aumentando el fondo de ideas y sentimientos que no ha cesado de crecer.

Los rusos, en el transcurso de su dolorosa ascensión hacia el mejoramiento, han trabajado para todos los hombres, porque sus sufrimientos y esperanzas enriquecen el patrimonio común...

Nosotros, anarquistas, les debemos aún más. Su tormenta revolucionaria ha dispersado por el mundo millares de refugiados políticos que han sido en muchos sitios propagandistas y caudillos sinceros. Se podría comparar esta vasta emigración de obreros e intelectuales rusos, a las que determinaron en Europa las guerras religiosas del siglo XVII. Los rusos han proporcionado a los núcleos revolucionarios internacionales preciosas adquisiciones. Porque la revolución ha alcanzado ya, desde hace tiempo al menos, un resultado digno de tenerse en cuenta: Ha producido una raza de hombres nuevos. Cultivados, resueltos a transformar la vida, habiendo aprendido a sacar partido de la necesidad de sacrificio que parece uno de los rasgos distintivos del temperamento eslavo, han conseguido emancipar a la mujer, que es en sus grupos considerada igual, en el pleno sentido de la palabra; a unir la acción y el pensamiento; a crear una atmósfera moral, en la que han podido desarrollarse caracteres excepcionalmente bellos y potentes. Los nombres de hombres como Sazonoff, Kaliaeff, Schmidt, Guerchonni, tomados al azar, entre centenas de otros, no deben olvidarse. Estos acaban de destronar a un zar. Y continúan su obra, ayudándonos con su ejemplo, cuando no con su esfuerzo, a vivir nuestra vida, luchando por LA VIDA.

VICTOR SERGE

Traduc. Costa-Iscar.

UN ZAR CAE

Uno de los primeros actores de la tragi-comedia política desaparece. Al zar de Rusia se le hundió el trono. Personaje grotesco, agobiado desde largos años bajo el peso de su función anacrónica y malhechora, pierde toda personalidad ante el rebelde que piensa. No es más que un comediante, insignificante por sí mismo, que desempeñó un antiguo papel, impuesto secularmente por la tradición dominadora de los más fuertes hacia la servidumbre de los vencidos. Zar de las Siberias, impuso a millones de sufrimientos y de conciencias refractarias a su reinado, el famoso orden de Varsovia. Impidió tranquila y ferozmente toda aspiración futura, toda innovación, todo gesto de libertad. Ahogó toda voz vibrante y fraternal con la vana intención de matar las ideas que viven y hacen vivir. Era la mordaza, la cadena, el látigo, la espada... era el Amo.

Nada más. Mucho menos que un Hombre. Del hombre se sabe muy poco. Ignoró la Humanidad vulgar y fué—se dice—buen padre, buen esposo, buen creyente, buen autócrata... tal era su misión divina. ¡Qué importa, si el corazón que latía bajo la púrpura, y el pensamiento que velaba bajo la dura corona del César asiático, eran bien poca cosa. Recuerdo esos retratos casi hieráticos, donde uno se extraña al descubrir bajo la mitra bizantina un pobre rostro de civilizado actual, un poco ridículo de estar serio. La actitud es violenta, convencional; César se muestra. Parece que sus movimientos estén incrustados en los oropeles bordados, dorados, sembrados de pedrería y se recuerdan los ídolos orientales descritos por los viajeros o soñados por los poetas. Todos los despotismos de antaño han contribuido a formar el yugo actual. Bajo el peso de este inmenso pasado, el opresor se curava a sí mismo como un esclavo.

Es por esto, sobre todo, que es malhechor. El Amo contemporáneo, con corona, tiara o democrática chistera, ya sea soberano por la gracia de Dios o rey; más poderoso aún, por la gracia del dinero, ya sea conquistador, explotador, o prudente e hipócrita pastor de su rebaño, es siempre el continuador de aquel que en tiempos lejanos impuso a su semejante la ley de la estaca y del hacha, de todos los que a través de la historia lamentable fueron grandes porque hicieron sufrir enormemente en vano... Perpetúa el obscuro pasado de luchas casi bestiales, por la pitanza del día, por la posesión de la hembra deseada y por la del esclavo.

Desde que en la caverna un hombre contrarió la voluntad de otro y lo consideró como cosa suya, hasta nuestros días en que la autoridad se ha hecho cómplice, velada de mentiras, impersonalizada aparentemente en la Ley, el principio fundamental, la regla única impuesta al más débil, ha sido la misma: la obediencia, la servidumbre absoluta o la muerte.

Esta ley predomina aún íntegra en los códigos militares, reina en todas partes y es el fundamento del trabajo, tanto como el de la guerra. Los mismos autócratas que la aplican, la sufren también, ¡tan pesada es la cadena!...

Otros sucederán al caído, hasta el momento en que el hombre comprenda por fin que obedecer o mandar es siempre abdicar su vida...

Un zar, un kaiser no son nada por sí solos; en realidad no son más que instrumentos también. Su caída cambia muy poco la faz del mundo. ¡Cuánto daño, sin embargo, existe en la carrera de un despota!

Este Nicolás fué el verdugo de la Finlandia, rusófila por el azote, de la Polonia, ensangrentada de continuo, de